

lido, emocionado, aparece sobre las bujías; sus cabellos, excepto una aureola dorada, se confunden con la tapicería del fondo. Y su canto, más que de sus labios, sale de nosotros mismos. Otras veces es un cuarteto de cuerda: unos hombres graves y pensativos, de voluntad cuádruple, que después de algunos signos y unas palabras a media voz hacen revivir a Beethoven, grande y misericordioso. Entonces no se vive en una atmósfera, sino dentro de una sonoridad que se bebe con la vida. ¡Y, al terminar, aquel silencio lleno de emoción y dicha, aquel anonadamiento, aquella gratitud del alma después del abrazo! No se encuentran palabras para expresar lo que se siente, y se tiene la alegría de sentir que no hacen falta palabras...

Todo esto nos consume. Así nos lo dicen: «Es un goce, pero hace daño». ¡Pero no: esto es lo que compensa los desgastes inútiles! El vértigo de la música es el equilibrio ideal. En la vida llamada ordinaria es donde tropezamos y nos remedamos torpemente a nosotros mismos, y hacemos equilibrios, sin balancín, sobre el abismo sin fondo de una existencia de la que nada sabemos.

(De *La Religión de la Música*, de Camille Mauclair. Versión española de la 9.<sup>a</sup> edición francesa, por José M.<sup>a</sup> Borrás).